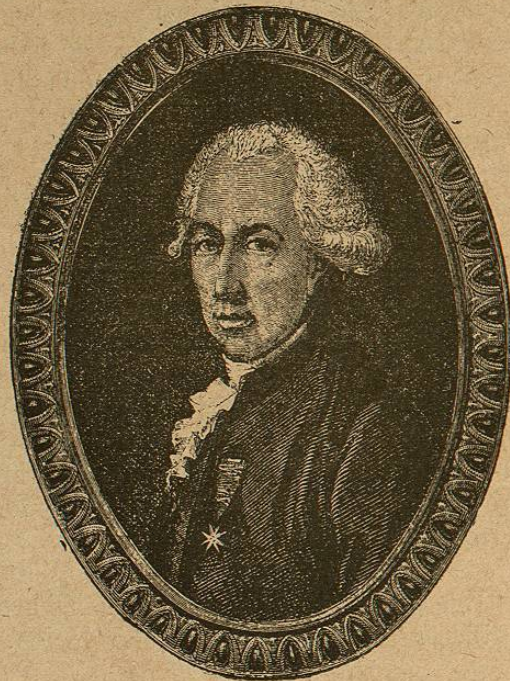


por tercera vez. Había vivido primero para las matemáticas con Alemnbert, después para la crítica con Voltaire, y ahora se embarcaba para surcar el océano de la política. Había soñado con el progreso; hoy trataba de realizarlo ó por lo menos de consagrarse á él. Toda su vida había ofrecido una alianza notable entre dos facultades que raramente se encuentra unidas, la razón y la fe inquebrantable en el porvenir. Firme contra el mismo Voltaire cuando le pareció éste injusto, amigo de los Economistas, sin que lo fuera ciegamente, conservó del mismo modo su



ALEJANDRO DE LAROCHEFOUCAULD

independencia respecto de la Gironda. Todavía se lee con admiración su defensa de París contra el prejuicio de las provincias, que fué el de los girondinos.

Aquel gran espíritu estaba siempre pronto, dispuesto, dueño de sí mismo. La puerta de su casa siempre abierta, por abstracto que fuese el trabajo á que se dedicara.

En un salón, en medio de la multitud, pensaba siempre, jamás padecía una distracción. Hablaba poco, todo lo oía, todo lo aprovechaba; nunca se olvidó de nada. Sobre cualquier especialidad que se le examinase, resultaba más especialista que el examinador. Las mujeres se ad-

miraban, se asustaban al ver que sabía hasta la historia de sus modas en todos sus detalles y remontándose hasta su origen. Era muy frío en



La tertulia de Madama Roland

apariencia, jamás tenía expansión con nadie. Sus amigos no sabían la amistad que les profesaba más que por el ardor extremado con que secretamente les hacía favores. «Es un volcán bajo la nieve», decía Alemnbert. Se contaba que siendo joven había estado enamorado, y no siendo

correspondido, estuvo á punto de suicidarse. De más edad entonces y más maduro, pero en el fondo no menos ardiente, sentía por su Sofía un amor contenido, inmenso, una de esas pasiones tanto más profundas cuanto más tardías, más grandes que la misma vida, insondables.

Sofía era digna de ser amada así. Sin hablar de la admiración universal que inspiraba á los hombres de aquella época, citaré un hecho grande, sagrado. Cuando el infortunado Condorcet, perseguido como una fiera, oculto en un asilo poco seguro, se destrozaba el corazón atormentado con sus propios pensamientos y escribía su apología, su testamento político, su mujer le inspiró la idea sublime de abandonar aquellas luchas mezquinas, dejando á la posteridad el cuidado de rehabilitarle, y le aconsejó que se dedicara tranquilamente á escribir el *Boceto de un cuadro de los progresos del espíritu humano*. La atendió y escribió aquel noble libro de la ciencia infinita, de amor sin límites á los hombres de esperanza exaltada, consolándose de su cercana muerte por la más conmovedora de las ilusiones: la de que por el progreso de las ciencias se llegará á suprimir la muerte.

Qué tiempos más nobles y cuán merecedoras de ser amadas fueron aquellas mujeres, dignas de que los hombres las considerasen al par de los demás ideales, ¡la patria y la virtud!... ¿Quién no recuerda aún aquel almuerzo fúnebre en que por última vez los amigos de Camilo Desmoulins le regaron que suspendiera su *Viejo Cordelero* y que aplazase su demanda del *Comité de la clemencia*? Su Lucila, olvidando que era esposa y madre, le echó los brazos al cuello, diciendo: «Dejadle, dejadle que siga su destino.»

Así consagraron ellas el matrimonio y el amor, levantando la fatigada frente del hombre en presencia de la muerte, dándole vida, guiándole hacia la inmortalidad...

También ellas serán inmortales. Siempre los hombres del porvenir sentirán no haber visto á aquellas heroicas y encantadoras mujeres. Siempre quedará unido su recuerdo á las más nobles ilusiones del corazón, como modelo del amor eterno.

Había como una sombra de aquel trágico destino en las facciones y en la expresión de Condorcet. De aspecto tímido (como el del sabio siempre solitario aun en medio de los hombres) tenía en su fisonomía algo triste, como de víctima resignada.

La parte superior de su rostro era hermosa. Sus ojos nobles y de dulce mirada, llenos de seria idealidad, parecía que mirasen al fondo del porvenir. Y sin embargo, su frente, era capaz para contener toda la ciencia, parecía un almacén inmenso, un tesoro completo del pasado.

Como hombre era, preciso es confesarlo, más grande que fuerte. Se adivinaba en su boca algo tierna y un poco colgante. La universalidad que esparce el espíritu sobre todos los objetos es una causa de enervación. Agréguese á esto que había vivido en el siglo XVIII, cuyo peso soportaba. Había presenciado todas las disputas, las grandezas y

las pequenezes y tenía fatalmente sus contradicciones. Sobrino de un obispo muy jesuíta, y educado por él, debía mucho también á los Larochefoucauld. Aunque pobre era noble y marqués de Condorcet. Nacimiento, posición, relaciones, todo lo unía al antiguo régimen. Su casa, su salón, su mujer, presentaban el mismo contraste.

Madama Condorcet, hija de Grouchy, abadesa primero, discípula entusiasta luego de Rousseau y de la Revolución, abandonando su posición semieclesiástica para presidir un salón que era el centro de los librepensadores, parecía una aristócrata sacerdotisa de la filosofía.

La crisis de Junio del 91 debía decidir á Condorcet, poniéndole en el caso de tomar una resolución. Era preciso escoger entre sus relaciones y sus precedentes de una parte y sus ideas de otra. Por lo que se refiere á los intereses, no tenía valor para hombre de tal clase. Lo único acaso que hubiera podido conmoverle, es que la república, rebajando todas las grandezas convencionales y realzando otro tanto los méritos naturales, hubiera convertido en reina á su Sofía.

Mr. de Larochefoucauld, su amigo íntimo, no perdía la esperanza de neutralizar su republicanismo con el de Lafayette. Creía que fácilmente convencería al sabio modesto, al hombre dulce y tímido al que su familia había protegido en otro tiempo. Llegó á decirse que Condorcet profesaba las ideas realistas de Sieyès. De este modo se le comprometía, al mismo tiempo que se le ofrecía como tentación la perspectiva de nombrarlo ayo del delfín.

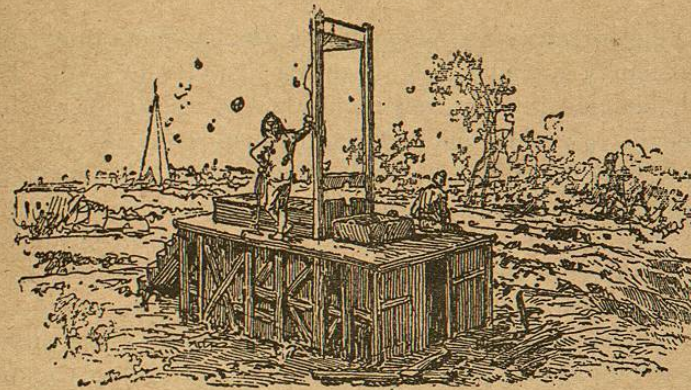
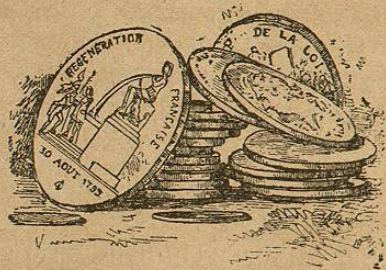
Probablemente estos rumores le decidieron á declararse acaso más pronto de lo que él hubiera querido. El 1.º de Julio hizo anunciar por la *Boca de hierro* que hablaría en el Círculo social de la república. Esperó hasta el 12 y no lo hizo sin cierta reserva. En un ingenioso discurso refutó varias objeciones triviales de las que se hacen á la república, añadiendo, sin embargo, estas palabras que causaron mucha admiración: «Si á pesar de todo se reserva el pueblo el reunir una Convención para que decida si se conserva el trono, si la herencia continúa un corto número de años entre dos Convenciones, *la monarquía en ese caso no es esencialmente contraria á los derechos de los ciudadanos...*» Aludiendo al rumor que circulaba de que debían nombrarle ayo del delfín, decía que en este caso le enseñaría á saber prescindir del trono.

Esta aparente indecisión no fué muy del gusto de los republicanos y chocó á los realistas. Aun se resintieron estos mucho más cuando se repartió en París un folleto ingenioso, burlón, escrito por un hombre tan serio. Condorcet fué probablemente el eco y el secretario de la sociedad de jóvenes que frecuentaban su salón.

El folleto era una *Carta de un joven mecánico*, que por una módica cantidad se comprometía á fabricar un excelente rey constitucional. «Este rey, decía, desempeñaría admirablemente las funciones de un monarca, asistiría á las ceremonias, se sentaría de manera decorosa y oiría misa por medio de cierto resorte, tomaría de manos del presidente

de la Asamblea la lista de los ministros que designase la mayoría... Mi rey no sería peligroso para la libertad; y sin embargo, conservándole con cuidado, sería eterno, lo cual es mucho mejor que ser hereditario. Hasta podría ser declarado inviolable sin injusticia y considerarle infalible sin incurrir en un absurdo.»

Cosa digna de notar: este hombre reposado y grave, que por un chiste se lanzaba al mar de la Revolución, no ignoraba ninguno de los peligros que iba á afrontar. Lleno de fe en el porvenir lejano de la especie humana, fiaba menos en el presente, no se hacía ninguna ilusión sobre la situación actual y veía muy bien sus riesgos. Los temía, no por él (hacía con gusto el sacrificio de su vida); sino por aquella mujer adorada, por aquel niño inocente, nacido en el momento sagrado de Julio. Se había informado, hacía ya algunos meses, del puerto por donde, en caso necesario, podría poner en salvo á su familia y había elegido el de Saint-Valery.



CAPITULO XVII

(CONTINUACIÓN)

Madama Roland.

Viaje de la familia Roland á Paris.—Mérito de Roland.—Su mujer dirigida por él.—Belleza y virtud de Madama Roland.—Su emoción ante el espectáculo de la Federación, en Julio del 90.—Su pasión, su saber, Octubre del 90.—Cambio de pasión.—Llega á Paris, Febrero del 91.—Potencia de su impulso.—Encuentra ya fatigados á la mayor parte de los directores de la política.—Lozanía de su talento, su fuerza y su fe, Junio y Julio del 91.

Para querer la república, para inspirarla, para hacerla, no bastaba un corazón noble y un gran talento. Era preciso otra cosa más... ¿Cuál? Ser joven, poseer esa juventud del alma, ese ardor de la sangre, esa ceguera fecunda que ve como si estuviera en el mundo lo que aún no existe más que en el alma, y que al verlo, lo crea... Era preciso tener fe.

Se necesitaba cierta armonía, no sólo de voluntad y de ideas, si no también de costumbres y de hábitos republicanos; tener uno mismo la república moral, la sola que legitima y funda la república política; quiero decir, poseer el gobierno de sí mismo, su propia democracia; hallar su libertad en el cumplimiento del deber... Y se necesitaba además, lo cual parece que está en oposición con lo expuesto, que un alma de esta suerte virtuosa y fuerte tuviese un movimiento apasionado que la obligase á salir de sí misma, impulsándola á obrar.

En los días aciagos de desfallecimiento y de fatiga, cuando la fe revolucionaria decaía, varios diputados y periodistas de los principales de aquella época iban á adquirir fuerza y valor á una casa en que jamás faltaban aquellas cosas; á una casa modesta, el hotelito británico de la calle Guenegaud, cerca del Puente Nuevo. Esta calle, bastante sombría, por la que se va á la de Mazarino, aún más sombría, no tiene más vistas que las interminables paredes de la Monnaie. Se subía al piso terce-